

Juan Crisóstomo

SOBRE EL TERREMOTO

I

Aunque a mí la enfermedad me ha impedido celebrar con vosotros esta fiesta espiritual, a vosotros, en cambio, no os ha estorbado la fatiga del camino. Porque aun cuando por el cansancio venís llenos de sudor, con todo, el deseo de instruíros ha convertido en mí la enfermedad en salud, y ha suavizado en vosotros la fatiga con el canto de

los salmos. He aquí por qué ni yo, a pesar de mi enfermedad, he encadenado mi lengua con el silencio, ni vosotros, a pesar del cansancio, os habéis privado de oírme; antes bien, con la presencia tan sólo de la divina palabra, ha desaparecido el trabajo; con la presencia de la instrucción y doctrina, ha huído la fatiga. Es que la enfermedad y el trabajo pertenecen al cuerpo, mas la instrucción es bien y medicina del alma. Y cuanto el alma es mejor que el cuerpo, tanto son sus bienes de mayor estima. Por eso, aunque no sólo me lo prohibía la enfermedad, sino también otros innumerables estorbos, ni he cesado jamás de estrecharos en lo íntimo de mi alma, ni he querido tampoco hoy dejar de asistir a esta hermosa festividad.

Antes bien, hasta hace poco estaba enclavado en el lecho, mas no ha permitido Dios que por completo me consumiera el hambre que me devora. El hambre, digo, porque así como tenéis vosotros hambre de oír la divina palabra, así la tengo yo de predicarla. No de otra suerte una madre enferma mil veces preferiría, aun con dolor, ofrecer el pecho a su hijo, que verle consumirse hambriento. Cobre, pues, vigor también mi cuerpo; porque, ¿quién no derramará con gusto aun la sangre por vosotros, que tan ardiente piedad, tan ardiente deseo de oírme habéis mostrado, tal penitencia habéis hecho por sólo un pequeño trastorno de los tiempos?

II

No hacéis diferencia entre día y noche, antes entrambos tiempos son para vosotros día, no porque mudéis la atmósfera, sino porque velando ilumináis las noches: no hay dormir para vosotros; habéis triunfado de la tiranía del sueño, porque el amor de Cristo ha vencido la debilidad de la naturaleza. Habéis dejado de ser hombres corpóreos por imitar a las celestes potestades, perseverando en vela, en rígido y continuado ayuno, y sufriendo la fatiga de tan largo camino, fatiga según la naturaleza, alivio según vuestro fervor. Este es el fruto de semejantes temores, ésta la utilidad del terremoto; utilidad que no tiene mengua, utilidad que a los pobres hace abundantes, y a los ricos enriquece más. El terremoto ni entiende de pobreza, ni entiende de riqueza; con sólo presentarse hizo desaparecer todas esas diferencias de la vida. ¿Dónde están ahora los que vestían sedas? ¿Dónde está el oro? Todo esto ha desaparecido con más facilidad que se quiebra una tela de araña, con más presteza que decaen las flores de primavera.

III

Mas ya que veo preparadas vuestras almas, quiero ponerlos delante una mesa espiritual más abastecida. Veo vuestros cuerpos rendidos, pero vuestras almas vigorosas. Fuentes de sudor os corren, pero no importa, pues limpian vuestra conciencia. Que si los atletas aun la sangre derraman por unas hojas de laurel, que, si hoy se alcanzan, mañana se marchitan, ¡cuánto más razonable es que vosotros en los certámenes de la virtud no cedáis a los trabajos por alcanzarla, ni os dejéis vencer de la molicie! El ver vuestra concurrencia es mi corona, y un oyente de entre vosotros equivale a toda la ciudad. Porque mientras otros ciudadanos se han ocupado, unos en coronar de vino las copas, otros en celebrar convites satánicos, otros en prepararse una mesa opípara, vosotros os habéis empleado en tan santa vela, y habéis purificado toda la ciudad con las huellas de vuestros santos pies, recorriendo la plaza en vuestro paso, y santificando todo el ambiente. Pues ello es así, que hasta el ambiente se santifica con el canto de los salmos, como lo habéis oído hoy en las palabras de Dios a Moisés: *El sitio en que has estado es tierra santa* (Ex. 3, 5). Habéis santificado el suelo; la plaza y la ciudad las habéis convertido en iglesia. Y así como un torrente, que pasa de largo arrastrando una corriente caudalosa, todo lo arrasa, así se ha henchido de agua el torrente espiritual, el río de Dios, el que alegra la ciudad de Dios, y ha purificado el revuelto cieno de la impiedad. Ya no hay ningún lascivo y petulante, y si lo hay, se convierte; oye la voz de los salmos, y se ordena su conciencia; penetra en su alma la melodía, y se reforma la impiedad: huye la pasión de la codicia, y si no huye, a lo menos, así como las fieras salvajes se esconden durante el invierno, así los malos pensamientos quedan sepultados; y, como las serpientes, por quedar sus cuerpos rígidos por el frío, se meten bajo tierra, así estas pasiones bajas y serviles se ocultan en sus madrigueras como en un abismo; y cierto, se avergüenzan de ellas los mismos que las tienen —las tienen, digo, aunque muertas— porque obran en ellos vuestros cánticos lo que el invierno en las serpientes. Llegan al oído de un codicioso, y si no le quitan la pasión, a lo menos se la amortiguan; llegan al oído de un petulante y soberbio, y aunque no den muerte a su petulancia y soberbia, a lo menos las obligan a ocultarse. Y no es poco que la maldad no tenga libertad completa.

IV

Ya os dije también ayer cuán grande es el fruto de los terremotos. ¿Y no echáis de ver la benignidad del Señor, que conmueve la ciudad, y afirma nuestra mente; sacude los cimientos, y afianza nuestras conciencias; debilita la ciudad, y robustece nuestras almas? Considerad su amor a los hombres: nos ha agitado un poco, y nos ha afirmado para siempre: dos días ha durado el temblor de tierra; permanezca en todo tiempo la piedad: un poco de tiempo os habéis afligido; mas os habéis arraigado para siempre. Pues bien sé que con el temor de Dios ha echado raíces vuestra piedad, y aun cuando desaparezca la tribulación, permanece su fruto; ya no lo ahogan las espinas, ni lo inunda la lluvia torrencial; excelente cultivo ha tenido vuestra alma con el temor, que me ha prestado auxilio en el ministerio de la palabra. Yo callo, y hablan los cimientos sacudidos; yo callo, y el terremoto lanza una voz más penetrante que la de una trompeta, diciendo así: "*Piadoso y compasivo es el Señor, largo en sufrir y de gran misericordia* (Sal. 102, 8-9); he venido yo, no para sepultaros, sino para robusteceros." Esto dice, y así habla el terremoto: Os he atemorizado, no para entristeceros, sino para haceros más diligentes. Atended con diligencia a la predicación; cuando la predicación perdió su vigor, alzó el grito el castigo; cuando la instrucción perdió su fuerza, prestóle auxilio el temor. Esto os vengo a decir brevemente, cumpliendo lo que me pertenece; cuando os haya atemorizado, entonces os pondré en manos de la palabra divina, para que no pierda de su vigor; busco las piedras y las espinas que van brotando y purifico la heredad, para que la divina palabra esparza a manos llenas la semilla "

V

¿Qué daño habéis recibido con estar por breve tiempo atribulados? De hombres os habéis hecho ángeles; os habéis trasladado al cielo no mudando de lugar, sino de costumbres.

Y no os lo digo por adularos; sirvan, sino, de testimonio los hechos. ¿Qué habéis dejado que desear por lo que hace a la penitencia? Habéis arrojado la envidia, desterrado las pasiones serviles, plantado la virtud, pasado toda la noche en santa vela, con mucha caridad y voluntad constante. Nadie se acuerda de usuras; nadie habla de avaricia; y no sólo tenéis puras e inocentes las manos, sino que también

guardáis vuestras lenguas, libres de injusticia y afrenta contra el prójimo. Nadie injuria a otro; nadie va a asistir a convites satánicos; puras están las casas; limpia de culpas la plaza; viene la tarde, y en ninguna parte aparecen las danzas de jóvenes cantando los cantares del teatro; hay coros, es cierto, mas no de disolución; coros, pero de virtudes; y en la calle se oyen sagrados cánticos, y los que están en las casas, unos entonan salmos, otros himnos; viene la noche, y todos acuden a la iglesia, a este puerto tranquilo, a esta serenidad y calma sin oleaje. Creía yo que después de uno o dos días, ya el velar había gastado vuestros cuerpos; pero ahora, cuanto más se alarga el tiempo de vela, tanto más crece vuestro fervor. Rindiéronse los cantores, y vosotros cobráis nueva vida; fatigáronse ellos, y vosotros os habéis vigorizado. ¿Dónde están ahora los ricos?; decídmelo. Aprendan la prudencia y virtud de los pobres. Ellos están acostados, y los pobres, en el desnudo suelo, no acostados, sino dobladas las rodillas imitando a San Pablo y a Silas (Act. 16). Sólo que ellos oraban a Dios y conmovieron la cárcel; oráis vosotros, y habéis afianzado la ciudad sacudida del terremoto. Contrario es el desenlace, pero ambos sucesos son para gloria de Dios. Porque en aquél removió la cárcel, para remover la conciencia de los infieles, para aterrar al alcaide, para anunciar la palabra de Dios; habéis, en cambio, vosotros afianzado la ciudad, para desviar la ira de Dios; y tanto aquel como este suceso, obedecieron a distintos planes. Con todo, me regocijo yo, no precisamente porque se ha afianzado la ciudad, sino porque se ha afianzado gracias a vuestras oraciones, porque la han apoyado, como cimientos, los cánticos de los salmos. Por arriba, os amenazaba la ira; abajo, resonaba vuestra voz, y a la ira que se desbordaba de arriba, la reprimió la voz de vuestras oraciones, que salía de abajo. Abriéronse los cielos; descendió la indignación, la espada aguzada; la ciudad, sobre el polvo; la ira, inexorable. De nada tuvimos necesidad, sino de penitencia, de nada, sino de lágrimas y gemidos, y todo desapareció; pronunció Dios la sentencia, mas nosotros disipamos su furor. No se equivocaría quien os llamase solícitos salvadores de la ciudad. ¿Dónde están los magistrados? ¿Dónde los grandes? ¡Vosotros sí que fuisteis realmente los salvadores de la ciudad, sus baluartes, su muralla y su seguridad! Porque ellos, por su maldad, causaron a la ciudad el terremoto, mas vosotros, por vuestra virtud, la afianzásteis. Si fuere alguien preguntado por qué tembló la ciudad, aunque no responda, tenga entendido que por los pecados, por las usuras, por las injusticias, por las ilegali-

dades, por las ambiciones, por las delicias, por la falsedad. ¿Y de quiénes? De los ricos. Asimismo, si es uno preguntado por qué se afianzó la ciudad, confiese que por el canto de los salmos, por las oraciones, por las vigiliass. ¿Y de quiénes? De los pobres. Lo que agitó la ciudad, de ellos es; lo que la fortaleció, es vuestro; de modo que vosotros habéis sido sus procuradores y salvadores. Pero terminemos ya aquí este discurso, perseverando en velar y cantar salmos, dando gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025
[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA